

## LA EXPERIENCIA ESTÉTICA, PUERTA DE ACCESO A LAS EXPERIENCIAS FILOSÓFICAS

*Alfonso López Quintás*

Poco antes de morir, el gran violoncelista, compositor y director de orquesta Pablo Casals advirtió que la humanidad no sabe todavía lo que tiene al poseer el don de la música. Entre otras relevantes cualidades, la música de calidad alberga un poder formativo extraordinario. Figurémonos que a través del lenguaje accedo –siquiera de forma elemental- a una realidad estética. Alguien me habla, por ejemplo, de la maravilla de los preludios de Bach, y siento ansia de conocerlos. Si sé tocar el piano o el clave, empiezo a configurar sus formas sobre el teclado de modo tanteante. ¿Quién me otorga energía para realizar el esfuerzo de dar vida a una obra cuyo valor adivino al leer por primera vez la partitura? Es la obra misma, cuya grandeza vislumbro por lo que alguien me ha dicho y por lo que ahora entreveo en la partitura.

Acabamos de descubrir un rasgo básico de la experiencia estética: ***vamos buscando una realidad valiosa merced a la energía que recibimos de ella misma***. Este rasgo se da, asimismo, en las otras tres experiencias: la ética, la metafísica y la religiosa.

- a) Oigo proclamar la excelencia del valor de la *piedad*, la actitud benevolente con los desvalidos. Este primer contacto con dicho valor ético me insta a acercarme a su área de influencia mediante la realización de un acto *piadoso*. Esta actividad la realizo mediante la fuerza interior que me otorga el valor mismo.
- b) Me preocupo, en clase de Metafísica, por estudiar las cuestiones relativas al ser, el sentido de la existencia, su origen y su meta. Ese estudio lo inicio y continúo un día y otro porque desde siempre estoy inmerso en el ser, soy un ser, me veo rodeado activamente de seres que constituyen la trama de mi vida. El hecho de existir y participar de la existencia me estimula y dinamiza para analizar a fondo todas las implicaciones de mi vida, la vida de los demás, los diversos seres, incluso los más diminutos. Me preocupo del ser porque soy un ser; voy buscando el conocimiento profundo del ser porque debo mi vida a otros seres y la desarrollo en vinculación con ellos.
- c) En un nivel todavía más elevado, buscamos a Dios porque de alguna manera ya estamos en Él, y Él viene a nuestro encuentro y nos invita a una relación de amistad y un compromiso de alianza. Si asumimos activamente esta posibilidad que Dios nos ofrece, tiene lugar el encuentro. Sin nuestra actitud de apertura y acogimiento, Dios no se nos revela. En buena medida, la revelación de Dios depende de nosotros, pero nosotros no somos dueños de esa revelación. En general, podemos decir que todo lo valioso se nos manifiesta cuando lo acogemos con amor, pero su valor no depende de nuestro arbitrio. En definitiva, su existencia es para nosotros un don, no un producto de nuestra imaginación creadora.

Si analizamos a fondo la afinidad estructural de las cuatro experiencias antedichas, lograremos conocerlas por dentro, las veremos en estado naciente, en su proceso mismo de gestación. Ya sabemos que lo decisivo en la formación no es tanto *aprender* contenidos –por ejemplo, los valores- y *enseñarlos* a los demás, cuanto *descubrirlos* y ayudar a los demás a vivir esa experiencia de búsqueda.

La experiencia estética, la ética, la metafísica y la religiosa suelen ser caracterizadas como modos comprometidos de *inmersión*, ya que los tipos de realidad que son su objeto-de-conocimiento no son meros *objetos* que puedan ser *ob-jetivados*, es decir, puestos a distancia del sujeto cognoscente. ¿Qué significan en este contexto los términos *inmersión* y *distancia*? ¿A qué tipo de objeto de conocimiento queremos unirnos en las cuatro experiencias humanas básicas? Para responder lúcidamente a estas preguntas, nos sirve de gran ayuda vivir paso a paso el proceso de aprendizaje de una obra musical.

### 1. La experiencia de interpretación musical, como forma de *inmersión creadora*

Tomo la partitura de una obra desconocida para mí y la pongo sobre el atril del piano. En ese instante, la partitura y el instrumento están *cerca* de mí. La obra, en cambio, se halla *a distancia*; es, respecto a mí, algo distinto, distante, externo y ajeno. Pero, como sé leer los signos de la partitura, la obra me invita a asumir sus posibilidades de juego musical y a entrar con ella en una relación de *presencia e intimidad*. Acepto tal invitación, y empiezo a buscar una realidad que me impulsa a crear con ella un nexo profundo, tan profundo y decisivo que de él depende su existencia plena como obra y la mía como intérprete. Sabemos que en la partitura la obra se halla latente, en estado virtual, como una Bella Durmiente que necesita el beso del Príncipe Azul para cobrar vida. El polo evocador de la obra, el que la trae en cada momento a la existencia, es el intérprete.

Estamos ante una experiencia *reversible*, de doble dirección: Salgo en busca de la obra, pero lo hago merced a la energía que ésta me da al ofrecerme posibilidades de volverla a crear<sup>1</sup>. Quiero encontrarme con la obra porque de algún modo ya estoy en ella, me hallo instalado en su campo de posibilidades de juego. A través de los signos de la partitura adivino las formas que en ellos se expresan e intento darles cuerpo en un instrumento. Lo hago tanteantemente, sin libertad y firmeza. Poco a poco tales formas cobran cuerpo, adquieren una configuración determinada. Tal configuración se la otorgo yo, pero es de ellas. Sin mí, no serían reales; pero yo no soy dueño de ellas. Mi labor se limita a dejar que mi acción troqueladora de la obra sea modelada por la fuerza configuradora de la obra misma. Es decir, yo configuro la obra en cuanto me dejo configurar por ella. Es ella la que me dice en cada momento si mi interpretación es justa, si pone al descubierto sus virtualidades o debo perfilarla mejor. El juego mismo de la interpretación es una fuente de luz para proseguir la búsqueda de la verdad plena de la obra. Nadie necesita decirme desde fuera lo que tengo que hacer. Es la obra misma la que me guía. Comienza a dirigir el *Cuarto Concierto de Brandenburgo* de Bach de forma demasiado rápida, y verás que, hacia el compás 183, el solo rapidísimo del violín solista se convierte en una mancha sonora inexpressiva. La obra misma te invita a volver al principio y remansar un tanto el *tempo*. Entonces, ese pasaje adquiere un mordiente especial.

Cuando buscas algo libremente pero lo haces iluminado por el valor interno de lo que vas buscando, has de saber que actúas *inspirado*. Ni dominas ni eres dominado. Conviertes una realidad distinta en principio impulsor de tu propia actividad y superas la escisión entre la interioridad y la exterioridad, el dentro y el fuera, el dominar y el ser dominado. Al ser fiel a ese principio, no te alienas o enajenas, no pierdes tu iniciativa personal y te conviertes en una marioneta, gobernada desde fuera; te elevas a lo mejor de ti mismo porque pones en juego la capacidad creativa propia de un ser finito, que es por naturaleza abierto, dialógico.

En el nivel de la creatividad –llamémosle *nivel 2*–, nadie domina a nadie; todos se intercambian posibilidades de acción creadora y fundan un campo de juego en el que se supera la escisión entre el dentro y el fuera, lo interior y lo exterior. Tal superación permite lograr

<sup>1</sup> Sobre las “experiencias reversibles” puede verse mi obra *Inteligencia creativa*, BAC, Madrid <sup>4</sup>2003, págs. 103-115, 119-120, 456.

modos de unidad muy superiores a los propios del *nivel 1*, el nivel de la cercanía física y el dominio y manejo de objetos.

Ahora podemos vislumbrar algo decisivo: Si no nos situamos en el *nivel 2*, no podemos realizar y entender debidamente las experiencias estéticas, éticas, metafísicas y religiosas.

## 2. La experiencia metafísica de inmersión participativa en la realidad

La experiencia de *participación artística* que diseñamos en el punto anterior la revive el gran filósofo francés Louis Lavelle en el nivel metafísico<sup>2</sup>. De modo semejante a como el intérprete se ve impulsado y nutrido espiritualmente por la obra musical en la que participa, Lavelle siente en todo momento que su vida como hombre está siendo sostenida, apoyada y promocionada por el ser que lo rodea y envuelve a modo de atmósfera nutricia. Este modo nutricional de envolver implica un género de flexibilidad y dinamismo del que carecen las *cosas*, vistas como seres delimitados, opacos, relacionados entre sí de modo externo y superficial. Así como la interpretación musical convierte la obra interpretada en íntima al artista, la participación humana en el ser consiste en ir intimando con él al hilo de la actuación personal - comprometida en la creación de ámbitos de realidad- hasta llegar a “interiorizarlo”, a convertirlo en *principio de vida creadora*, propia de un ser personal.

La teoría de la participación subraya a la vez la entrega del hombre al ser y la promoción de su propia libertad. El ser, como fuente última de realidad y de vida, ejerce sobre el hombre un poder de apelación que lo insta a responder libremente, con el fin de realizar su propia vocación. Tenemos de nuevo una experiencia reversible: El hombre se plantea el tema del ser, elabora tratados de metafísica y se pregunta dramáticamente por qué existe el ser y no más bien la nada porque desde siempre se halla inmerso en el ser con un tipo de *inmersión activa*: está recibiendo posibilidades para vivir y actuar en todos los órdenes y se ve instado a asumirlas activamente con objeto de crear algo valioso y dar sentido a su vida. Se dice profusamente que el hombre es un “ser-en-el-mundo”, pero el modo de estar en el mundo no es simplemente pasivo; le lleva a realizar toda suerte de experiencias reversibles, que pueden ser fecundas o destructivas y labran con ello su destino. El ser es la fuente primaria de toda relación de participación. El hombre se constituye mediante la participación en el ser, entendido en toda su riqueza.

Al final de la conferencia *¿Qué es metafísica?*, Heidegger destaca que, en rigor, no cabe sumergirse en la metafísica porque “en cuanto existimos, ya nos hallamos siempre en ella”<sup>3</sup>. En el fondo, se trata de la misma estructura bidireccional que caracteriza a la experiencia artística. La obra musical es fuente de participación para el artista que sea capaz de crearla o, al menos, de contemplarla; el artista se constituye como tal en cuanto participa de obras que le ofrecen posibilidades creativas.

## 3. La experiencia ética de interiorización de un valor

Todavía era muy niño cuando un día me sorprendió mi madre con este encargo: “Toma este bocadillo y llévaselo al pobre que ha llamado a la puerta”. Yo me resistí porque era un anciano de barba larga y me daba miedo. Mi madre insistió: “No es un delincuente, sino un necesitado; vete y dáselo”. Esta tarea la habían hecho hasta ese día mis hermanos mayores. Lo que mi madre quería, en ese momento, era que también yo me acercara al área de irradiación del valor de la *piedad*. Los valores no sólo existen; *se hacen valer*, y se orlan con una aureola de prestigio. Al acercarnos a ellos, nos atraen, sin arrastrarnos. Esperan que tengamos la sensibilidad afinada para captar su invitación y responder a ella positivamente. Pronto observé

<sup>2</sup> Cf. *De l'acte*, Ed. Montaigne, París 1946, págs. 147, 150.

<sup>3</sup> Cf. *Was ist Metaphysik?*, p. 41. Versión española en *Hitos*, p. 121.

que ser bueno con los menesterosos encierra un gran valor y procuré asumirlo como propio. El valor de la piedad siguió siendo *distinto* de mí, pero dejó de ser distante, externo y extraño para convertirse en principio interno de mi actividad y volverse *íntimo*<sup>4</sup>. El primer conocimiento de tal valor me vino sugerido *desde fuera*. No importa. Lo decisivo es que un día lo convertí en una *voz interior* y me sentí tanto más libre interiormente cuanto más fiel fui a sus apelaciones. En el *nivel 2*, la libertad y la obediencia a normas, cuando éstas son juiciosas y fecundas para nuestra vida creativa, no sólo no se oponen sino que se enriquecen mutuamente. Actuamos con libertad interior o creativa cuando asumimos activamente posibilidades que nos vienen dadas y nos permiten hacer surgir algo nuevo dotado de sentido y relevancia.

Si convertimos un valor en principio interno de acción, damos cumplimiento a una exigencia íntima y experimentamos un sentimiento de plenitud y seguridad, pues no se trata de reconocer una realidad distinta y ajena y doblegarse ante sus exigencias; lo que queremos es vincular (*ob-ligar*) todo nuestro ser personal a una realidad que lo lleva a pleno desarrollo. Nunca como en esta “interiorización” de los valores estamos más afirmados en nosotros mismos y más rendidamente vinculados a la realidad. Somos plenamente “autónomos” al ser decididamente “heterónomos”<sup>5</sup>. Los seres humanos vivimos como personas cuando nos movemos en el espacio abierto por dos centros: el *yo* y el *tú* –o, dicho más ampliamente: el entorno de las realidades *abiertas* (o “ámbitos”) que le ofrecen toda suerte de posibilidades-<sup>6</sup>.

A medida que asumimos un valor activamente y lo vamos realizando en nuestra vida, lo conocemos mejor, y este conocimiento nos facilita posibilidades que nos perfeccionan y hacen posible una relación todavía más estrecha con dicho valor. Desde el principio vislumbramos su fecundidad para nuestra vida. Eso sucede, por ejemplo, cuando vemos encarnado el valor en una persona que nos sirve de modelo merced a su madurez humana. Tal adivinación nos anima a recibir activamente las posibilidades que dicho valor nos ofrece. Este acogimiento creativo nos permite conocerlo más y más.

Este proceso es posible porque los valores éticos –como los estéticos y, en otro nivel, los religiosos- no son meros objetos, sino *ámbitos*, realidades *abiertas* que nos ofrecen diversas posibilidades y nos invitan a asumirlas como principio de nuestro obrar. Si respondemos positivamente a tal invitación, los valores se nos dan a conocer gradualmente, nos revelan su fecundidad más y más. Nos muestran, así, que son entidades *relacionales* pues se revelan en el seno de una relación creativa. No son *relativas* al pensar y valorar arbitrario del hombre; surgen al entrelazarse con voluntad respetuosa de enriquecimiento mutuo dos realidades que, por ser abiertas, son *ámbitos*, no meros objetos.

#### 4. La experiencia religiosa, como búsqueda del Dios al que ya estamos “religados”

También en la experiencia religiosa buscamos a Dios merced a la energía que nos viene de la realidad buscada. Si nos ponemos en marcha hacia Dios es porque de alguna forma ya estamos en Él y venimos de Él.

<sup>4</sup> Conviene mucho advertir que la unión con las realidades *abiertas* –como son las estéticas, las éticas, las metafísicas y las religiosas- sólo podemos *crearla* asumiendo activamente las posibilidades que nos ofrecen. Asumir activamente unas posibilidades que nos permiten dar lugar a algo nuevo dotado de valor es, justamente, la definición de la *creatividad*.

<sup>5</sup> Sobre las experiencias éticas pueden verse diversas descripciones en mis obras *Cinco grandes tareas de la filosofía actual*, págs.105-109; *El triángulo hermenéutico. Introducción a una teoría de los ámbitos*, Madrid 1971, págs. 542-567.

<sup>6</sup> Sobre el concepto de ámbito, pueden verse mis obras: *Inteligencia creativa*, págs. 36-42,134-136, 236-239; *La tolerancia y la manipulación*, Rialp, Madrid 2001, págs. 40-43.

“El hombre –escribe Xavier Zubiri- está abierto a las cosas; se encuentra **entre** ellas y **con** ellas. Por eso va **hacia** ellas, bosquejando un mundo de posibilidades de hacer algo con esas cosas. Pero el hombre no se encuentra así **con** Dios. Dios no es cosa en este sentido. Al estar religado el hombre, no está **con** Dios, está más bien **en** Dios. Tampoco **va hacia** Dios, bosquejando algo que hacer con Él, sino que está viniendo desde Dios, ‘teniendo que’ hacer y hacerse. Por esto, todo ulterior **ir hacia** Dios es un **ser llevado** por Él. En la apertura ante las cosas, el hombre **se encuentra** con las cosas y **se pone** ante ellas. En la apertura que es la religión, el hombre **está puesto** en la existencia, implantado en el ser (...).Y puesto en él como viniendo ‘desde’. Como dimensión ontológica, la religación patentiza la condición de un ente, el hombre, que no es, ni puede ser entendido en su mismidad sino desde fuera de sí mismo”<sup>7</sup>.

En una obra posterior, Zubiri aclaró el sentido de esta experiencia reversible en la cual nos elevamos hacia Dios porque Dios nos atrae hacia sí.

“Escribía San Agustín que Dios diría al hombre: ‘Tú no me hubieras buscado si yo no te hubiera encontrado’. Es verdad. Pero verdad parcial, porque no se trata primariamente de una búsqueda sino de un verdadero acceso, todo lo incoado que se quiera, pero verdadero acceso”<sup>8</sup>.

Dios se entrega al hombre, y a esa donación responde éste con la entrega.

“La forma plenaria de acceso del hombre a Dios es ‘entrega’ ”<sup>9</sup>. “Parodiando a San Agustín pudiéramos pensar que Dios diría al hombre: ‘No te me entregarías si yo no te hubiera llevado a mí’. (...) A la acción donante de realidad por parte de Dios, responde el hombre con una acción positiva en la cual la persona no es llevada a Dios, sino que la persona acepta desde sí misma este su ser llevada de un modo activo y positivo, a saber, ‘va a Dios’. (...) A la donación personal que es la presencia fundante de Dios en las cosas y en el hombre, responde la persona humana con esa forma especial de donación que es la entrega de sí mismo”<sup>10</sup>.

San Agustín intuyó que la búsqueda de Dios por parte del hombre no es de carácter *lineal*, como sucede con la búsqueda de las cosas *externas*, que se hallan *fuera* de él. A Dios le buscamos invocándole, es decir, estableciendo con Él una relación de reverencia y acatamiento, pero esta actitud sólo es posible si ya le conocemos y nos hallamos vinculados a Él por la fe, suscitada por el testimonio de un apóstol. Esa invocación no la dirigimos a alguien que nos sea *exterior* y se halle *fuera* de nosotros.

“Que yo, Señor, te busque invocándote –exclama san Agustín- y te invoque creyendo en ti, pues me has sido ya predicado. Invócate, Señor, mi fe, la fe que tú me diste e inspiraste por la humanidad de tu Hijo y el ministerio de tu predicador”<sup>11</sup>.

En el *nivel 2* -el de las relaciones personales, creativas- y más aún, en el *nivel 3* – el de la vinculación incondicional al bien, la verdad, la justicia, la belleza...- y en el *nivel 4* –el de la religación fundamental al Creador-, todas las experiencias ostentan carácter reversible, de doble dirección. Por eso parecen moverse en forma de “círculo”, pero no es un círculo *vicioso* sino

<sup>7</sup> Cf. *Naturaleza, Historia, Dios*, Alianza Editorial, Madrid <sup>9</sup>1987, p. 433.

<sup>8</sup> Cf. *El hombre y Dios*. Alianza Editorial, Madrid 1984, p. 196.

<sup>9</sup> *Ibid.*

<sup>10</sup> Cf. *O. cit.*, págs. 197-198.

<sup>11</sup> Cf. *Confesiones I, 1*.

*virtuoso*<sup>12</sup>. En éste, el sentido pleno de cada realidad se alumbra al verla en relación activa con las demás. En el *Misterio de Jesús* pascaliano, el Señor le dice al creyente: “*Consuélate, tú no me buscarías si no me hubieras encontrado*”. “*Tú no me buscarías si no me poseyeras*”<sup>13</sup>. He aquí el “pensamiento circular” que debemos poner en juego para comprender a fondo las experiencias reversibles<sup>14</sup>.

### **Visión sinóptica**

Análisis afines a los realizados sobre Heidegger, Lavelle, Jaspers y Zubiri, podrían llevarse a cabo sobre otros autores, por ejemplo Descartes y Marcel. En todos ellos quedaría al descubierto que tanto en la experiencia estética como en la ética, la metafísica y la religiosa buscamos algo en virtud de la fuerza que irradia la realidad buscada, nos pone en marcha hacia algo que nos apela porque de alguna manera ya estamos instalados en ello. Esta forma de presencia primaria, tan potente como imprecisa, pide ser perfeccionada y hace posible, a su vez, tal perfeccionamiento. Una obra musical se deja adivinar a través de la fronda de las notas de la partitura a la primera ojeada. Esta presencia inicial es sin duda más pobre que la obtenida por el intérprete cuando culmina el proceso de aprendizaje y configura la obra a perfección. Pero sin ella no sería posible este proceso creador de la obra.

Algo análogo sucede en la experiencia ética, la metafísica y la religiosa. Los seres humanos nos hallamos instalados en lo real. En cada momento de la vida podemos adivinar la riqueza y el poder de la realidad que funda nuestro ser y el de cuanto nos rodea, y sospechar el poder fecundante de la acción humana que poseen los grandes valores. Esta adivinación germinal impulsa todo un proceso de búsqueda. A lo largo de la vida asumimos los poderes que la realidad nos otorga y aceptamos las virtualidades que los valores nos facilitan. Al hacerlo, adquirimos un conocimiento más preciso de lo que implican los valores y la realidad. Este mayor conocimiento nos permite afinar la sensibilidad para oír la apelación de los valores y la voz de la realidad, y darles cumplida respuesta. De esta forma, a través de distintas apelaciones y respuestas entramos en relación de presencia con los valores y con la realidad, y nos elevamos a lo mejor de nosotros mismos como personas.

He aquí cómo la experiencia artística, debidamente realizada y comprendida, nos da torrentes de luz para descubrir la articulación interna de otras experiencias humanas, más difícilmente accesibles –al menos en muchos casos–, y nos permite entrañarnos en ellas.

Lo antedicho nos permite comprender la razón profunda por la que Gabriel Marcel solía afirmar que “la intersubjetividad es esencialmente apertura”; (...) es el hecho de estar juntos en la luz”<sup>15</sup>.

<sup>12</sup> Romano Guardini, extraordinariamente sensible para los valores de la vida espiritual, subrayó en diversos contextos la importancia del pensamiento relacional y circular. Véase, por ejemplo, su breve obra *Anfang. Eine Auslegung der ersten fünf Kapitel von Augustins Bekenntnissen*, Kösel, Munich, <sup>3</sup>1953, págs. 22-28. Versión española: *Principio. Una interpretación de San Agustín*, Sur, Buenos Aires 1963.

<sup>13</sup> Cf. Pascal: *Pensées* n° 553, Ed. Garnier, París 1955, p. 212. Confróntense estas expresiones con los capítulos 18 y 29 del libro X de las *Confesiones* de San Agustín. Véanse los comentarios de Romano Guardini en *Christliches Bewusstsein. Versuche über Pascal*, M. Grünewald, Maguncia <sup>4</sup>1991, p. 213. Versión española: *Pascal o el drama de la conciencia cristiana*, Emecé, Buenos Aires 1955, págs. 231-236.

<sup>14</sup> Sobre la afinidad de la experiencia estética, la ética, la metafísica y la religiosa pueden verse mis obras *Cinco grandes tareas de la filosofía actual*, págs. 102-109; *El triángulo hermenéutico. Introducción a una teoría de los ámbitos*, Editora Nacional, Madrid 1971, págs. 501-567; *La experiencia estética y su poder formativo*, Universidad de Deusto, Bilbao <sup>2</sup>2004, págs. 353-377.

<sup>15</sup> *Présence et immortalité*, Flammarion, París 1959, págs. 255-256.